

EUGENIO ASENSIO, UN HUMANISTA SINGULAR

Aurora EGIDO

Universidad de Zaragoza

“Cada cual ha el blasón por cierta vía”
(Alonso Maldonado)

En Murieta (Navarra), al pie de la sierra de Lóquiz, donde todavía se conservan los escudos nobiliarios de su familia, nació el 2 de junio de 1902 Eugenio Asensio Barbarín. Casi un siglo después y a once años de su muerte, el 3 de agosto de 2007, día de San Esteban, patrón del lugar, se inauguraron una plaza con su nombre y un nuevo consultorio médico en presencia de las autoridades y numeroso público, que quiso acompañar a la familia de “la persona más ilustre que ha dado Murieta”.

Su vinculación con la tierra que le vio nacer fue siempre estrechísima, pues siempre volvía a la casa familiar, donde guardaba los libros más raros y exquisitos que había ido adquiriendo a lo largo del tiempo, aunque la mayor parte de ellos estuviera en su casa de Lisboa, en la rua dos Ferrèiros à Estrèla, donde repartió vivencias y querencias, configurando una suerte de distopía hispano-lusa que marcó el discurso de sus trabajos y sus días. El Gobierno y el Parlamento de Navarra lo honraron con el Premio Príncipe de Viana de la Cultura en 1991, instituido un año antes para reconocer la tarea de quienes destacaran en ese ámbito, como en el caso de otros que también han sido galardonados: Julio Caro Baroja, Rafael Moneo o María Bayo, entre ellos.

Su espíritu viajero, patente ya desde sus paseos juveniles en bicicleta a la vecina Francia o a lugares más alejados, como los alcanzados con el Transiberiano, le llevó a peregrinar por el ancho mundo, movido por la fuerza de un cosmopolitismo que le hizo buscar siempre nuevas experiencias intelectuales y vitales¹. París fue uno de sus referentes, cuando decidió alejarse de la universidad madrileña y del Centro de Estudios Históricos. Luego vendrían Berlín, Cambridge, Japón, Filipinas, las dos Américas y sobre todo Lisboa, adonde llegó en 1935, y donde quedaría fascinado por una ciudad que se convertiría para siempre en su verdadera residencia. Allí, aunque dio clases ocasionalmente en su Universidad, lo cierto es que su trabajo diario se centró en la de

¹ Lo ha contado al detalle Francisco Rico, “Eugenio Asensio. “In memoriam”, *Los discursos del gusto*, Madrid, Destino, 2003, discurso XXVII, aludiendo a su huída a París y luego a Berlín, así cómo a que la guerra civil le pilló en Filipinas circunvalando el mundo. Está claro que a Asensio le gustaba tanto viajar y vivir como saber, en clara conjunción de curso y discurso. Rico se refiere también a su estancia en Berlín, entre eruditos, poetas, cafés, pensiones y cabarets; esos que el mismo Eugenio Asensio “pintaba con tanta perspicacia y amenidad como la novela de Isherwood”.

“profesor de meninos da escola média no Instituto Español de Lisboa”. Aunque ocasionalmente fuera profesor de la Universidad lisboeta y de otras como visitante por el ancho mundo, lo cierto es que Asensio, al decir de su amigo Pina Martins, “como Erasmo, “nao quis nunca vender a sua liberdade por um prato de lentillas”².

Por otro lado, conviene apuntar que este siempre joven y vital navarro quiso prolongar sus años de aprendizaje indefinidamente, amparándose en un inusitado silencio editorial, más allá de cualquier regla previsible, hasta casi los cuarenta y siete años, cuando, de pronto, empezó a publicar como quien regala a los demás algo de lo mucho que había ido atesorando para sí durante años³. Viajero por las librerías de prestigio en cuantas ciudades visitaba y auténtica biblioteca portátil él mismo, Asensio gozó además de una memoria descomunal y selectiva donde atesoraba, con un sentido universal y discreto, innumerables lecturas. Pero es evidente que sus intereses fueron siempre a la zaga de aquel clasicismo originario rescatado por el Humanismo y que en él alcanzaba también a lo más actual y nuevo.

Su afán por conocer las lenguas era notorio y se hizo leyenda el hecho de que aprendiera el ruso para leer a los formalistas. Conocedor del latín (asignatura de la que fuera Ayudante de Cátedra con Cejador), además del griego clásico y más tarde del moderno, afianzó en Berlín, entre 1929 y 1930, sus conocimientos de alemán, como alumno de Ulrico von Wilanowitz, Mollendorff, Frazer, Paul Maas y Werner Jaeger. Su versatilidad en esas y en otras lenguas de la Romania, así como en el inglés, le permitió estudiar y leer de primera mano numerosas obras en una época en la que el uso de tales herramientas era (y sigue siendo) bastante inusual en nuestros lares.

El paseo por las bibliotecas del mundo no debe ser desestimado, porque fue en ellas donde germinaron sus trabajos y donde Asensio encontró el inmenso placer de buscar y, lo que es mejor, descubrir en ocasiones auténticos hallazgos y primicias. Ya fuese la Vaticana de Roma, la Nacional de París, la Hispanic Society de Nueva York, la Marciana de Venecia, la Ambrosiana de Milán, la Laurenciana de Venecia, la Erasmiana de Selestat o la suya propia, lo cierto es que tuvo en ellas su verdadero paraíso.

Humanista de los que ya no quedan, Eugenio Asensio representa el modelo de un hombre independiente y en buena medida solitario, aunque se relacionara con personas tan notorias como Dámaso Alonso y Marcel Bataillon, o frecuentara amistades con

² José V. de Pina Martins, *Eugenio Asensio Doctor “Honoris causa” pela Universidade de Lisboa*, Lisboa, 1990, p. 13.

³ Francisco Rico, *Ibid.*, señala el momento de una Nochebuena en la que Dámaso Alonso le pinchó con un “¡No es lo mismo predicar que dar trigo!”, y Asensio decidió poner manos a la obra y empezar a publicar sobre el erasmismo. Es ya proverbial su frase: “Si no tengo tres cosas que decir que no sabe nadie, cierro el pico”.

estudiosos de distintas generaciones y países a los que trataba siempre con una generosidad a prueba, digna de mención. Eugenio Asensio encarnaba a la Filología que se viste con todas las galas necesarias para arroparse y calificarse, utilizando para ello, y según el caso, los instrumentos oportunos que configuran el arco disciplinar humanístico. Pero esa base de clasicidad no estaba reñida, como decimos, con el interés por lo nuevo, de un estar al día y a la hora presentes, lo que justifica y explica en buena parte la actualidad de sus trabajos y la gala de modernidad de los mismos, sin que haya podido hacer mella alguna en ellos la polilla del tiempo.

El conjunto de su obra, tan rica y novedosa en el contexto en el que surgió y aún ahora, representa apenas una parte, la que él decidió mostrar, de cuanto sabía y pudo pero no quiso enseñar. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, donde realizó sus estudios en el edificio de la calle de San Bernardo, su tesis doctoral, dirigida por Rafael Lapesa y presentada en 1928 sobre “El estilo de Quevedo en los tratados ascéticos”, marcaría en parte su dedicación futura, aunque no orientase su profesión dentro de los cauces del usual *cursus honorum* universitario, sino en los de catedrático de Enseñanza Media. Nada extraño, por cierto, si recordamos otros nombres señeros, como los de Samuel Gili Gaya o Antonio Domínguez Ortiz, que, como él, siguieron un camino divergente al de la Universidad, aunque brillaran por encima de la inmensa mayoría de los que ingresaron en sus cuerpos docentes. La prosa oficial recuerda tal circunstancia en un determinado momento, cuando el *Boletín Oficial del Estado* de 1º de marzo de 1940 consigna la orden procediendo a corrida de escalas en el escalafón de Catedráticos de Instituto, situando el nombre de Eugenio Asensio entre los de sexta categoría, que a la sazón cobraban 12.000 pesetas anuales, al igual que otros muchos, como Eugenio Frutos Cortés o el mismo Rafael Lapesa⁴.

El respeto y la admiración que tanto los de su generación como las posteriores le tuvieron y tienen, hablan por sí solos, de manera que nombrar a Eugenio Asensio era y es hablar de un magisterio extramuros y de carácter internacional que brilla con luz propia y sin mayores avales que los de su valía. Su enseñanza peripatética se completó con una amplia correspondencia de la que quedan numerosos testimonios que componen una amplísima red filológica por el ancho mundo. Ahí están, por ejemplo, la que guardan el legado de José Manuel Blecua o el de Eugenio Mele, por no citar la que conservan los vivos⁵. Exigente con los demás tanto como consigo mismo, Asensio no

⁴ BOE nº 61, pp. 1530-1533. En el de 4 de marzo de ese año de 1940 se daban órdenes resolviendo los expedientes de depuración del Profesorado de Instituto, restituyendo a algunos e inhabilitando a otros, incluso de por vida.

⁵ La correspondencia entre Eugenio Asensio y José Manuel Blecua Teijeiro, para quien el historiador navarro era “el hombre que más sabía de literatura”, se guarda en el legado de este que actualmente custodian sus hijos en Barcelona. Y véase Esther Borrego Gutiérrez, “Eugenio Mele y los intelectuales españoles (1895-1968)”, *Dicenda*, 15, 1997, pp. 11-36, donde apunta la existencia de cuatro cartas

publicaba nada que no supusiera una contribución notable y que añadiera algo a lo inventado, aportando siempre una estela de datos y conceptos nuevos, expresados a través de un estilo propio, claro y quintaesenciado, que se alejaba del fárrago amplificatorio y repetitivo.

En 1988 un grupo de amigos publicó en la editorial Gredos el *Homenaje a Eugenio Asensio*, cumpliendo un intento de Edgard Glaser frustrado veinte años antes. Premiaban con ello la trayectoria de un navarro “tan español y universal al mismo tiempo”, maestro indiscutible de hispanistas y lusistas, y que había trabajado siempre al margen, según ya se ha dicho, de cátedra universitaria alguna. Tan clásico como moderno, su erudición, indiscutible en el campo de la literatura medieval y sobre todo en la del Siglo de Oro, se extendía hasta lo más reciente, aunque fueran los mencionados períodos los más frecuentados en el catálogo de los 90 títulos incluidos en la bibliografía de dicho *Homenaje* a partir de 1949⁶.

Una mirada a las publicaciones allí recogidas muestra, en primer lugar, esa bicefalia luso-española que lo caracterizara siempre, pues ya sus primeras publicaciones aludían tanto al teatro de Gil Vicente o a la *Historia de Menina e Moça*, como a Góngora y los pliegos de cordel. Un discreto paseo por ese centenar de títulos y los que estaban por venir ofrece, a primera vista, no sólo la exquisitez de la elección en títulos y temas, sino una amplia diversidad que tuvo, en principio, como referente, a la escuela filológica de Menéndez Pidal o la supuesta por Pierre Le Gentil y Marcel Bataillon, pero que luego anduvo por otros derroteros. Originalísimo en fondo y formas, Asensio trató de establecer constantes puentes entre la literatura portuguesa y la española. En ese sentido, por su formación y dedicación, representó el baluarte mayor del Humanismo propiamente dicho, siendo paladín en el entrelazamiento e interpretación de los documentos históricos y literarios. Por otro lado, la treintena de trabajos ajenos que configuró la mencionada corona honorífica, trató de devolver, por parecidas consonantes, el ritmo de los intereses filológicos de Asensio, orlando la historia y la literatura de los siglos XVI y XVII, sin olvidar temas tan suyos como el de la literatura portuguesa o la vertiente inquisitorial y humanística que él frecuentara⁷.

El corpus de Asensio recoge variaciones sobre todos los géneros, aunque es evidente su predilección por determinados temas y autores. De Portugal, cabe recordar

cruzadas entre 1927 y 1947. Aparte estarían las de otros muchos: Francisco Rico, Alberto Blecuá, Luisa López Grijera o Pedro Cátedra, entre ellos.

⁶ El comité organizador lo constituyeron Arthur Askins, Juan Bautista Avalle-Arce, Pedro Cátedra, Luisa López Grigera, María Cruz García de Enterría, Agustín Redondo, Francisco Rico y Domingo Ynduráin, aunque otros muchos, Dámaso Alonso y José Manuel Blecuá, entre ellos, se unieran testimonialmente al *Homenaje*.

⁷ La nómina de los que colaboraron recogía trabajos de autores consagrados como AVALLE-ARCE o RAFAEL LAPESA y MARGHERITA MORREALE junto a los de otros más o menos jóvenes, como ALCINA, CÁTEDRA o quien esto suscribe. Entre ellos, siete eran filólogas con las que mantuvo una estrecha amistad.

sus trabajos sobre Sá de Miranda, Bernardim Ribeiro, Joao de Barros, Manuel de Faría e Sousa, Gaspar de Leao y Camoes, aunque fue Gil Vicente el que se llevó la palma, con ediciones y estudios relativos a fuentes y asuntos diversos. Su predilección por la poesía cancioneril, patente en algunas reseñas, como la de la edición del *Cancionero General* de 1511, llevada a cabo por Rodríguez Moñino, se deja ver también en la edición de la obra de Juan de Molina. El ancho campo del erasmismo, sobre el que volveremos, encontró en él un estudioso sagaz y preciso, que ofreció textos desconocidos –como el *Tratado del Niño Jesús* de Desiderio Erasmo, según la edición sevillana de 1516– o precisó dos momentos de la batalla entre ciceronianos y erasmistas en 1528 y 1560.

En cuanto a la parcela inquisitorial, son muchas sus aportaciones como prueba su estudio sobre Pedro de Orellana y la inquisición de Cuenca. Atento a la exégesis bíblica (recordemos su artículo sobre el encuentro entre fray Cipriano de la Huerga y Juan de Valdés), Asensio fue también un dilecto estudioso de la obra de fray Luis de León⁸. Ahí están, por ejemplo, las cuestiones relacionadas con el ramismo y la crítica textual. A este propósito, cabe recordar la avanzadilla que supuso el trabajo sobre la impronta de Petrus Ramus en la enseñanza de la gramática, la lógica y la retórica, pese a las trabas inquisitoriales. En ese campo, son notables sus matizaciones respecto a la existencia de un ramismo en estado puro, atribuido a determinados autores. El Proteo mutante que fuera el propio Ramus impide, por otro lado, adscribir su doctrina a un territorio nítido y concreto.

Asensio, conocedor entonces de la obra de Walter J. Ong, *Ramus. Method and the Decay of Dialogue* (Cambridge Mass, 1958), dio cuenta de la evolución de quien fuera un feroz antiaristotélico hasta ser un auténtico converso, que clamaba en su *Defensio*: “Aristoteles est meus, non tuus”. Asensio apuntaba además cuanto supuso el divorcio de la retórica y la lógica así como la usurpación de la *inventio* por la dialectica; movimientos ya iniciados por Rodolfo Agrícola, quien sembró un terreno luego abonado por el mismo Ramus, poniendo en marcha el desarrollo de *dispositio / udicium/ methodus* que aquel no había tratado.

Lo cierto es que el trabajo de Asensio sigue siendo capital si queremos ver la impronta del ramismo en algunas obras del siglo XVII, incluidas las de Baltasar Gracián, que distinguió claramente entre el *methodus doctrinae* y el *methodus prudentiae*. Los ramistas, que desarrollaron la consigna de método, sistema y enciclopedia, cultivaron todo un terreno que simplificaría y clarificaría la complejidad

⁸ Véanse los trabajos recogidos en *De Fray Luis de León a Quevedo y otros estudios sobre retórica, poética y humanismo*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2005. En el prólogo, Luisa López Grijera apuntaba con acierto que “Mientras hay gentes que consumen sus vidas averiguando cosas que, una vez puestas sobre blanco, pasan sin más al sueño eterno de los catálogos, otros, como don Eugenio Asensio, con apenas unas líneas, trazan el perfil de una cultura”.

de los presupuestos retóricos y filosóficos tradicionales, reduciéndolos a diagramas y dicotomías fáciles de asimilar visualmente. Aparte de cuanto supuso la abolición de la *copia verborum* erasmiana y el tradicional decoro, relegando la retórica al ámbito elocutivo. Profundo conocedor del entorno salmantino en el que surgió el árbol ramista, Asensio supo también situar en él las *Anotaciones a Garcilaso* del Brocense, por oposición a las de Herrera⁹.

Inútil sería encarecer su papel como italianista, siempre a la zaga de los fundamentos sobre los que se construyó el humanismo peninsular, como mostró en el estudio de la *Dorida* de Damasio de Frías, pues su perspectiva fue, en este sentido, unívoca. Atento al dato y al documento que aporta siempre algo nuevo a lo ya sabido, Asensio se preocupó por dar a conocer las cartas del Inca Garcilaso o piezas raras y desconocidas de teatro, poesía y prosa. Singular al respecto fue su hallazgo de la *princeps* de *El Político* en 1958, y mucha su generosidad al cedernos el que entonces fuera ejemplar único y de su propiedad para la edición facsímil que la Institución Fernando el Católico hizo en 1985¹⁰.

Pensemos también en el hallazgo del entremés quevediano *Diego Moreno* y cuanto ello supuso para el estudio posterior de ese género menor y de su autor. Porque sería precisamente en ese campo donde Asensio se haría señor de los empleos y fundamento de toda una bibliografía posterior que ha ido creciendo al amparo constante de su *Itinerario del entremés*¹¹. El entonces incierto campo del teatro medieval y renacentista encontró en los estudios de Asensio un auténtico filón, no solo por sus estudios sobre los momos portugueses y su proyección en España, sino por sus reseñas y trabajos sobre Torres Naharro y el ya mencionado Gil Vicente o por su cuidada edición de las *Églogas* de Pedro Manuel de Urrea; otro desconocido que empezó a partir de entonces a interesar a los estudiosos¹². Aparte habría que considerar cuanto se refiere al teatro de Lope de Vega, con aportaciones tan significativas como la que situó al dramaturgo, atacado y luego triunfante, en la batalla entre tramoya y poesía.

⁹ Francisco Rico, "Humanisme et dignité de l'homme", *L'Humanisme dans les lettres espagnoles*. Études réunies par A. Redondo, Paris, Vrin, 1979 p. 46, alude a las sabias informaciones que Asensio aportó sobre el biblismo humanista en Alcalá.

¹⁰ Así lo hicimos constar en las páginas preliminares de Baltasar Gracián, *El Político don Fernando el Católico*, Zaragoza, IFC, 1985.

¹¹ Eugenio Asensio, *Itinerario del entremés desde Lope de Vega a Quiñones de Benavente. Con cinco entremeses inéditos de Francisco de Quevedo*, Madrid, Gredos, 1965. Reimpreso y revisado en 1971. También cabe considerar su exquisita edición de Miguel de Cervantes, *Entremeses*, Madrid, Castalia, 1970, así como sus trabajos sobre el mismo Quiñones o su reseña a los estudios entremesiles de H. E. Bergman.

¹² Los estudios de Roger Boase, de quien esto suscribe o los más recientes de Enrique Galé? demuestran constantemente su deuda para con la edición de Pedro Manuel de Urrea, *Églogas dramáticas y poesías desconocidas*, con introducción de Eugenio Asensio, Madrid, Joyas Bibliográficas, 1950.

El *Itinerario* es un libro modélico, que nos enseña mucho de la personalidad de Eugenio Asensio y de su forma de trabajar, pues representa, paso a paso, el camino de búsqueda y hallazgos que toda investigación conlleva. Esa obra no habría sido posible sin el conocimiento de las copias falsas atribuidas a Quevedo en las bibliotecas portuguesas y el encuentro súbito en la Eborensis de seis entremeses ahijados al autor del *Buscón* que nadie conocía. A partir de ahí empezó toda una larga labor de escrutinio respecto a fechas y autoría paralela al análisis que desmontara la tesis de un Quevedo carente de originalidad en el terreno entremesil y simple deudor de Quiñones de Benavente.

Pero esa obra supuso algo más que la vindicación quevediana, pues representó el realce de un género poco o nada considerado por la crítica. Asensio afirmaba a tal propósito:

Teatro menor no significa teatro inferior. Sin rebasar el marco de un género casi improvisado, unas veces parasitario de la alta literatura, otras veces vehículo de visiones primitivas e imaginaciones arquetípicas, siempre ligado a la actualidad fugaz, las piecitas de Quevedo le hacen merecedor a un puesto honorable en la procesión de los innovadores: Lope de Rueda, Cervantes, Quiñones de Benavente.¹³

De este modo, el realce de los entremeses de Quevedo, ubicados en la serie en la que surgieron, como exigía el formalismo ruso, venía a determinar la calidad de un género aparente menor pero que solo lo era por su tamaño material, aparte de nutrir otros muchos, incluido el novedoso campo de la novela¹⁴. El auge de los estudios sobre el mismo vendría después, aunque le precedieran los trabajos de Jack, Hendrix o Heidenreich, avanzando sobre las bases establecidas por Cotarelo¹⁵. Pero el libro de Asensio fue más allá, pues clarificaba la oscuridad de un panorama sin trazos cronológicos ni atribuciones certeras, a la par que mostraba el juego entre tradición y originalidad o la influencia que suponía en otros géneros de mayor fuste.

El capítulo inicial del *Itinerario del entremés* es todo un modelo a la hora de acotar un género y deslindar sus elementos. Las afirmaciones que Asensio vierte sobre el mismo valen para toda una historia de la evolución literaria, por lo que significan a la hora de mostrar cómo cada género se va revelando en su historia mediante cambios que pretenden alcanzar una identidad propia. El hecho de que naciera al margen de la *Poética* de Aristóteles, no le detraía posibilidades en un momento de la historia literaria en el que el triunfo de lo cómico se alzaba, sin conflicto alguno, en los teatros, mezclado con la especie trágica. El hecho de que fuera el acicate del deleite su mayor aval no deja

¹³ Eugenio Asensio, *Itinerario del entremés*, 1971, pp. 9-10.

¹⁴ Así lo apuntamos en nuestro artículo "Retablo carnavalesco del Buscón don Pablos", *Hispanic Review* 2, 1978, pp. 173-197.

¹⁵ Las deudas al respecto son incontables. Véase en particular Javier Huerta Calvo, *Historia del teatro breve en España*, Madrid-Frankfurt: Iberoamerica-Vervuert, 2008.

de sorprendernos, sobre todo si miramos al *Quijote* y vemos cuanto esté representó en ese sentido, al alejarse de toda una tradición retórica y poética que se engolfaba en la moralidad del *prodesse*.

Asensio fue también pionero, en ese y otros trabajos, al vincular el género entremesil con las tradiciones folklóricas o propiamente carnalescas, mostrando su vecindad con la facecia, el cuento, el chiste, el romance y cuantos géneros ponían todo en la picota de la risa a través de una caterva estrafalaria de tipos y figuras. El camino que iba desde su creador, Lope de Rueda, a Quevedo y otros escritores del XVII, se acompañaba de un minucioso estudio de contenidos, formas y personajes que no olvidaba el vocabulario lúdico ni las señales de transformación y evolución que estas piezas ofrecieron a partir de 1600, triunfando en los escenarios de España y América. El capítulo dedicado a Cervantes es una detallada búsqueda de cuanto el entremés representó en el resto de su obra, más allá de las piezas singulares que el autor adscribió al género propiamente dicho.

Y otro tanto ocurre con el análisis de los entremeses de Hurtado de Mendoza y de Quiñones de Benavente, que fue el más virtuoso en la aplicación de estas piezas menores como sostén de la comedia, aunque es el estudio del Quevedo entremesista el que se lleva la palma. Su originalidad se vislumbra a través de la creación de tipos, figuras, situaciones y ocurrencias, aparte de mostrar una técnica literaria que alcanza particular relieve en el retrato.

Asensio llevó a cabo toda una labor de taracea en esta obra al aclarar numerosas cuestiones de crítica textual, ofreciendo un auténtico modelo para futuros estudiosos del teatro breve. Consciente sin embargo de que este género en cuestión era para los lectores actuales un simple vestigio de algo mucho más complejo, señalaba también cuanto el entremés representaba de un acto teatral que solo vive plenamente en su actualización escénica y que responde a unas coordenadas sociales y lingüísticas difícilmente rescatables para el lector o el espectador de hoy. En sus conclusiones, Asensio huía de la falsa sociología al uso que se pudiera aplicar al género entremesil, así como de la posibilidad de sentar a sus tipos y figuras en el diván del psicoanalista, acogiendo sin embargo a la tesis de Roger Caillois para estudiarlos como parte de la tradición de la fiesta. Frente al orden reestablecido por la comedia, el entremés aparecía entreverado de libertad y anarquía, cosa que Christopher Fry consideraba era la ley fundamental del teatro¹⁶.

¹⁶ Asensio recogía en apéndice cinco entremeses inéditos de Quevedo precedidos por un estudio del manuscrito eborense donde los había localizado; entre ellos, el de *Diego Moreno*, que ya había dado a conocer previamente. Por otro lado, habría que considerar su aportación a la literatura del loco, según criterio de Francisco Márquez Villanueva, "Un aspect de la littérature du fou en Espagne", *L'Humanisme*

Esa y otras obras de Asensio supusieron un avance considerable en el estudio de los géneros que habían surgido al margen de la *Poética* de Aristóteles y que fueron un auténtico revulsivo contra el orden social establecido, como dice Peter Berger respecto a cuanto se refiere a la “risa redentora”, por no hablar de los linajes de burlas y el fértil campo de la sátira triunfante¹⁷.

Capítulo aparte merecería su estudio de “Un Quevedo incógnito. Las Silvas”, del que se sabía deudor Antonio Alatorre y sobre el que todos hemos aprendido y podido avanzar algo al estudiar esas piezas métricas que tanto representaron cara a la renovación poética de gongorinos y no gongorinos en los albores del siglo XVII¹⁸.

Bibliófilo consumado, que atendió más a la búsqueda de una biblioteca selecta, llena de raros y curiosos, que al almacén indiscriminado del arca de Noé, Asensio se dedicó también a publicar textos olvidados o poco estudiados. Recordemos la edición de joyas bibliográficas como la del *Huerto deshecho* de Lope de Vega, presentadas a los lectores desde una perspectiva teórica y crítica tan novedosa y exquisita en el estilo como lúcida en el análisis¹⁹. Su atención a los distintos géneros literarios e históricos salta igualmente a la vista, ofreciendo un amplísimo arco temporal que se extendió desde el planto ‘Ay Jherusalem’ a la supuesta peculiaridad literaria de los conversos.

Particular interés alcanzaron sus reseñas, que siempre se convertían en agudísimos artículos, implicando todas ellas un auténtico debate crítico lleno de buen juicio con el autor en cuestión. Son ejemplares al respecto las que hizo sobre estudios filológicos tan importantes como los de Menéndez Pidal sobre la poesía juglaresca o, a otra escala, sobre la *Vida y obra de Medrano*, por Stephen Reckert y Dámaso Alonso, así como las dedicadas a los trabajos de Révah, Otis H. Green o Rodríguez Moñino, midiéndose siempre con lo más granado. El diálogo establecido con esos y otros autores le incitaría luego a mayores empleos, como ocurrió con el análisis de los hitos señeros de la historiografía representados por Américo Castro y *La realidad histórica de España*, o por los estudios erasmistas de Marcel Bataillon. Asensio se convirtió así en un auténtico debelador de falsos presupuestos y en un atinado crítico, que arrojaba nueva luz sobre

dans les lettres espagnoles, pp. 233 y 247. Véase también Eugenio Asensio, “Heterodoxos españoles en el siglo XVI. Los estudios sobre Erasmo de Marcel Bataillon”, *RdeOc* 63, junio de 1968, pp. 302-319.

¹⁷ Peter Burger, *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*, Barcelona, Kairós, 1999.

¹⁸ Antonio Alatorre, “Quevedo: de la silva al ovillejo”, en el mencionado *Homenaje a Eugenio Asensio*, que es toda una apostilla al artículo previo de Eugenio Asensio “Un Quevedo incógnito. Las silvas”, *Edad de Oro*, 2, 1983, pp. 13-48. Y véase nuestro trabajo “La silva en la poesía andaluza del Barroco (con un excursus sobre Estacio y las *obrecillas* de Fray Luis”, *Criticón* 46, 1989 pp. 5-39.

¹⁹ Lope de Vega, *Huerto deshecho (Madrid, 1633)*, Madrid, Castalia, 1963. Por nuestra parte, deseamos consignar la huella que la lectura de este libro en el Museo Británico supuso cuando redactábamos en 1970 nuestra tesis doctoral, o al preparar posteriormente las ediciones y estudios sobre la obra de Miguel de Dicastillo, Juan Francisco Andrés de Uztarroz y Pedro Soto de Rojas, en relación con el tema de los jardines renacentistas y barrocos.

obras ajenas, enriqueciendo sus márgenes e ilustrándolos con sus muchos conocimientos.

Lo cierto es que, ya fuera en el reducido campo de la reseña, en el que fue maestro, o en estudios de mayor fuste, caso de su libro *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media* (Madrid Gredos, 1957, reed. en 1970), Asensio demostró, como diría el *Oráculo* graciano, que “valen más quintaesencias que farragos”, y que él podía dar pasos de gigante en nueve páginas, haciendo avanzar un asunto apenas considerado, como ocurrió con su artículo de 1958 sobre la tradición portuguesa de los momos cortesanos que llegaba hasta el teatro de Gil Vicente.

La lectura de cualquiera de los trabajos de los años 40 a 60 y otros posteriores, por su frescura y actualidad, no deja de sorprendernos, como obra de un genio anticipado, que se adelantó en métodos y exposición a la crítica posterior, dejando para el futuro la resolución de unos problemas que en realidad apenas necesitarían glosa. Asensio se mantuvo fiel a sus temas y autores a lo largo de los años, aunque, poco a poco, su interés por las cuestiones propiamente humanísticas constituyera la veta mayor de un árbol en el que todas las ramas se entrecruzaban, hundiendo siempre sus raíces en el mundo clásico.

Dentro de ese vasto panorama humanístico, su fervor por la literatura italiana era notorio, como ya hemos apuntado, de modo que cualquier asunto, ya fuera de carácter histórico o literario, que en él eran uno y lo mismo, Asensio siempre parecía acudir al reclamo de Italia, como si en ello estuviera la resolución de cualquier problema o el meollo del asunto que se iba a tratar²⁰.

Sus conocimientos y capacidades eran tantos, que a veces se le conocía más por lo que pudiera haber hecho que por lo ya publicado, pues todos reconocían en él la formación y capacidad deseables para acometer cualquier empresa ante la que cualquiera, en principio, se sentía desbordado. Así lo confesaba su amiga Margit Frenck, cuando esta llevó a término la magna edición de su *Corpus de la antigua lírica popular hispánica*²¹. Quedaron ambos en Madrid y Asensio sentenció, después de haberlo leído, con un “y fuiste tú quien lo hizo”²². Palabras que, en su boca, parecían

²⁰ Personalmente tuve constancia de ello cuando, al recibir uno de mis trabajos lleno de referencias a la bibliografía anglosajona, Asensio apostillaba con un “¡Italia!, ¡Italia!” el lugar preferente al que me instaba mirar con mayor atención en el futuro.

²¹ *Corpus de la antigua lírica popular hispánica. Siglos XV a XVII*, Madrid, Castalia, 1987. Reed. como *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 2003, 2 vols.

²² “Entrevista con Margit Frenk”, por Pablo Lombó, *El Colegio de México. Boletín Editorial* 103, mayo-junio de 2003, pp. 3-8. Margit Frenk confesaba, respecto a su *Corpus*, que había otros que hubieran podido hacerlo, pero que no lo hicieron, como su amigo Eugenio Asensio. Ella entendió la frase mencionada como dicha a “alguien que no vive en España, alguien que tiene problemas porque no tiene dinero para estarse trasladando y no puede ir a cada rato a consultar. Entonces yo lo entendía así. Nunca le pregunté: “A ver, explícamelo más despacio”. Pero me gustó mucho”.

asumir una posibilidad fallida que él mismo asumía como propia. Lo cierto es que pocas personas han alcanzado el respeto y la admiración en tan alto grado, sobre todo cuando se trata de nombres como el mencionado y otros muchos de inacabable lista que podrían añadirse: Dámaso Alonso, José Manuel Blecua, Augustin Redondo, Alberto Blecua o Francisco Rico, por citar algunos.

Para calibrar el alcance del extremado lusista que fue Eugenio Asensio nada mejor que acudir a la voz del eminente José V. de Pina Martins, a quien se debe la introducción a los *Estudios Portugueses*. Amigo suyo y a la sazón director en París del Centro Cultural Portugués, Martins reconocía en 1974 la ardua tarea que representaba para él tener que hablar de un libro como el de Asensio, por la rareza que suponía encontrar personas de tan alto nivel científico. Para entonces, el crítico navarro ya era, a su juicio, reconocido en Europa y América “como un dos mayores investigadores e filólogos, pelas suas contribuições eruditas no domínio da história das literaturas e culturas hispânicas”²³. Pues, en efecto, el mismo Marcel Bataillon ya había apuntado el excepcional valor y amplitud del comentario que añadiera a su magna obra *Erasmus en España* con un artículo fundamental que valía por toda una extensa monografía: “El Erasmismo y las corrientes espirituales afines”, publicado en 1952. Bataillon reconocía además el origen de las notas añadidas a la nueva edición y hacía hincapié en la generosidad del estudioso navarro al prestarle ediciones rarísimas descubiertas por él²⁴.

Encarecer con cierto detalle la importancia de la obra de Asensio en los estudios erasmistas nos llevaría demasiado lejos, y no solo porque el mencionado maestro por excelencia los considerara de primer orden, pues la verdad es que cualquier historiador del pensamiento del Siglo de Oro lo reconoce así, tanto por el manejo de sus ediciones como por la solidez de su crítica. Ricardo García Cárcel ha destacado en diversos estudios la proyección de Asensio al analizar las corrientes espirituales afines al

²³ *Estudios portugueses*, Paris, Fundação Calouste Gulbenkian, Centro Cultural Portugués, 1974. El entronque de la literatura portuguesa con la latinidad en este libro aparece también en el trabajo de Eugenio Asensio, “Lourenço de Cáceres o el latín al servicio del portugués”, *Boletín Internacional de Bibliografía Luso-Brasileira* 2, 1961, pp. 5-15.

²⁴ “El erasmismo y las corrientes espirituales afines”, RFE, XXXVI, 1952, pp. 31-99. Y véase Marcel Bataillon, *Erasmus en España*, México-Buenos Aires, 1966, p. XVII. Pina Martins, *opus cit.*, señalaba, en la mencionada introducción a los *Estudios Portugueses*, cómo el mismo Bataillon había destacado en 1972 la importancia del facsímil ya citado de la obra de Erasmo, *Tratado del Niño Jesús*, a la par que apuntaba la admiración por Asensio del lusista I. S. Révah. La reedición en libro de *El erasmismo y las corrientes espirituales afines*, Salamanca, Smyr, 2000, publicado, gracias al celo de Pedro Cátedra, incluía la carta prólogo de Marcel Bataillon a la que Pina Martins hace referencia. El perfil del Asensio humanista, bibliófilo e investigador de primer rango, fue finamente trazado por el mismo Pina en la *Revista* nº 2 del Centro de Estudos de História do Livro e da Edição, de Lisboa. Otros muchos encarecieron su obra y se basaron en ella. Pongo por caso, Juan Bautista Avallé Arce, *Dintorno de una época dorada*, Madrid, Porrúa, 1978, p. 32, nota 43, que calificaba de “monumental” el mencionado artículo-reseña de Eugenio Asensio sobre el erasmismo (y véanse pp. 145 y 157), a la par que elogiaba también otros trabajos suyos sobre Juan de Valdés y Delicado (p. 60), Gonzalo Fernández de Oviedo (pp. 119-120) y el Inca Garcilaso (p. 197). Una detallada lectura del citado trabajo de Asensio, puede verse en Francisco Rico, “No sólo Erasmo”, *Los discursos del gusto*, XXVII.

erasmismo en la obra de historiadores que han ido ampliando posteriormente datos y concretado aspectos apuntados por él. Es el caso de Melquíades Andrés o de Álvaro Huerga, sin olvidar a Joseph Pérez y otros muchos que ampliaron los presupuestos de Bataillon o los revisaron a la luz de nuevos documentos, demostrando que en la encrucijada española de la espiritualidad los caminos erasmianos se cruzaron con otros ya existentes.

La conversión en libro de *El erasmismo y las corrientes espirituales afines* en el año 2000 daba cuenta de una actualidad sin apenas resquicios que alteraran la profundidad y seguridad de método empleados cincuenta años antes, cuando Asensio trató de que el árbol mayor de Erasmo no se confundiera con ramas que provenían de raíces distintas que se extendían con vida propia por otros espacios de religiosidad²⁵. Lo cierto es que en esa obra, como también ocurrió a propósito de las tesis de Américo Castro sobre la tríada de judíos, moros y cristianos en la península, Asensio fue una auténtica luminaria proyectada sobre los excesos que siguen a la publicación de obras significativas, cometidos generalmente por algunos seguidores sin el bagaje de quienes las escribieron.

La obra de Bataillon, *Erasmus en España*, aparecida en 1937, pero conocida sobre todo a partir de la edición ampliada de México, 1950, encontró en Asensio el eco necesario para futuras indagaciones, pues, acotados los márgenes de su presencia en la península, él trató de enredar la madeja, devolviendo a la vida religiosa una complejidad que rompía en buena parte los nítidos deslindes del libro reseñado²⁶. En definitiva, no todo era erasmismo, aunque se confundiera con él²⁷.

²⁵ En la nota editorial al frente de *El erasmismo y las corrientes espirituales afines*, sin firma, pero escrita por Pedro Cátedra, se elogiaban precisamente las cualidades de la sabiduría integral de Asensio, que había anotado marginalmente el viejo artículo con algunos matices. El libro lleva una carta de Marcel Bataillon, escrita el cinco de septiembre de 1950, en la que este encomiaba el trabajo de Asensio y señalaba las novedades de su rebusca en los viñedos de la espiritualidad así como su acierto en el diagnóstico de no ver erasmismo en todo. El humanista francés recordaba sus conversaciones con el filólogo navarro en Ébora, manifestando su generosidad a la hora de comunicar sus conocimientos. “Tout proportion gardée”, la relación entre ambos nos recuerda la que, a propósito de Góngora, mantuvieron años antes Alfonso Reyes y Millé. Las referencias a este trabajo de Asensio en la bibliografía sobre el erasmismo serían inacabables. Vaste el ejemplo de Juan Alcina, “Tendances et caractéristiques de la poésie hispano-latine de la Renaissance”, *L’Humanisme dans les lettres espagnoles*, p. 146.

²⁶ *Opus cit.*, p. 35. En pp.37 ss. Asensio, más que de Bataillon, hablaba de aquellos que habían leído apresuradamente *Erasmus en España* y asignaban al roterodamo cualquier vestigio de religiosidad, incluido el papel decisivo que le conferían en el desarrollo del biblismo español; asunto este que se debía matizar con mucha cautela a la luz de nuevos testimonios. Por lo mismo, ponía los puntos sobre las íes al estudiar las huellas de un franciscanismo que se confundía a veces en los alumbrados con el erasmismo propiamente dicho. Para Asensio, el iluminismo provenía de otras fuentes e iba por otros cauces que convenía deslindar convenientemente en cada momento dado. En pp. 97 ss., el libro mostraba la referida obsesión suya sobre el italianismo, evidente también en ese renacimiento florentino que mostrara su influencia en la religiosidad hispana.

²⁷ Esa afirmación, dicha en el prólogo a los *Estudios Portugueses* de Asensio, se corroboró antes en la extensa monografía de José V. de Pina Martins, *Renaissance de l’Italie au Portugal. Les deux regards de*

Por lo que atañe a los estudios lusistas, a juicio de su mencionado amigo José V. de Pina Martins, la aportación de Asensio partía de sus amplios conocimientos humanísticos y de un enfoque claramente enriquecido por una perspectiva italo-española que no había sido suficientemente atendida desde la ladera portuguesa. De ahí que sus trabajos supusieran un auténtico filón para la literatura comparada. Su mirada vigilante, dirigida tanto al cotejo de los textos como a la lenta pesquisa de los mismos, se enriquecía posteriormente con el entramado de una elaboración crítica, detenida y reflexiva, que conllevaba además una laboriosa búsqueda bibliográfica y un análisis detenido que terminaba eliminando aquellas vías metodológicas inapropiadas al caso. El hecho de que ese proceso de búsqueda, lectura y análisis se hiciera siempre en un plano interlingüístico e histórico, convirtió a Asensio en auténtico modelo del comparatismo inteligente y con causa, muy por encima de la erudición superficial de acarreo al uso.

No era ajeno a todo ello el hecho de que Asensio tuviera, como recuerda el mismo Pina, “em sua casa uma das mais ricas bibliotecas que algum dia nos foi dado admirar, como propriedade de un investigador ou professor”²⁸. Los trabajos del filólogo navarro configuraban así una arquitectura que en cierto modo era también arquitectura, y en los que el fondo y la forma eran inseparables, en clara conjunción de contenido y continente. No en vano, en ellos, la claridad conceptual se acordaba con la de un estilo diáfano y fluido, que no era sino la conclusión final de todo un proceso en el cual se hacía fácil lo difícil.

Asensio procuraba además estar al tanto de la más moderna metodología, aunque fuera cauto en su aplicación, procurando no aventurar, más allá del terreno de la hipótesis plausible, conclusiones peregrinas o extemporáneas. Siempre atento al entorno histórico en el que surgieron los textos, el escrutinio venía de la mano del uso de conocimientos amplísimos que, sin embargo, él eliminaba luego, reduciendo a lo sustancial el edificio crítico construido, una vez despojado este del andamiaje que lo sostuviera en origen.

Janus, Lisboa Fundação Calouste Gulbenkian, 1989, donde las referencias a la obra del filólogo navarro son abundantísimas (cf. p. 1043).

²⁸ Pina Martins, *opus cit.*, p. XII, destacaba a la par su preocupación constante por la lectura de los textos originales y por el análisis de los mismos en sus coordenadas básicas, restituyéndolos a su genuinidad originaria. Por añadir algún pero, disentía de Asensio a la hora de aplicar metodologías modernas a los textos antiguos, indicando leves puntos de desacuerdo con algunas de las opiniones expresadas en sus trabajos. El camino de relación hispano-lusa trazado por Asensio ha tenido afortunadamente otros continuadores. Bastará, como ejemplo, citar los muchos y reconocidos trabajos comparatistas de Fernando Bouza o, en otro plano, de Julián Martín Abad (*infra*). Véanse ahora, por ejemplo, los recogidos en *Las relaciones discretas entre las monarquías hispana y portuguesa: Las Casas de las Reinas (Siglos XV-XIX)*, ed. de José Martínez Millán y María Paula Marçal Lourenço, Madrid, Comunidad de Madrid, ed. Polifemo, 2008, vol. I y II. La labor como lusista de Asensio fue recogida con nuevos perfiles en el discurso que José V. de Pina Martins, *Eugenio Asensio doutor “Honoris causa” pela Universidade de Lisboa*, Lisboa 1990, quien lo calificó también, junto a Rodríguez Moñino, de príncipe de la bibliografía hispánica, alabando su labor como profesor, investigador, crítico y bibliófilo.

En ese sentido, “La lengua compañera del Imperio. Historia de una idea de Nebrija en España y Portugal” supuso y supone todavía un referente inexcusable sobre una idea que él construyó a partir de las huellas de Valla y Bembo, vale decir, del papel político de la lengua, que ya se había asentado con anterioridad en Italia. El proceso de elaboración de ese trabajo por parte de Asensio descubre, en cierto modo, el de otros muchos elaborados por él. Una lectura juvenil de la *Gramática Castellana* de Nebrija de 1492 le abrió el camino para ir persiguiendo después una idea que él confesó iría consolidando con el tiempo, cuando averiguó su genealogía y deslindó las circunstancias que contribuyeron a su difusión en la península ibérica. El trayecto estaba claro, pues el camino que llevaba de Valla a Nebrija y Gonzalo García de Santa María en España, o a Oliveira y Barros en Portugal, no era sino el de un Humanismo sin fronteras que había que estudiar más allá de la topografía acotada por Ramón Menéndez Pidal en sus estudios sobre la lengua en la época de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos. En menos de una veintena de páginas Asensio había dibujado, al dilucidar el trayecto de una idea y el origen de muchas otras que transitaron por España y Portugal o más allá del Atlántico, teniendo siempre en Italia su fuente primigenia. Desbrozado el sendero, Asensio describía únicamente lo esencial de su procedencia y lo fundamental de sus conclusiones, reflejando siempre una capacidad de síntesis digna de encomio.

Por otro lado, el acarreo de fuentes no constituyó jamás en las obras de Asensio el listado positivista que de ello pudiera deducirse. Todo lo contrario, mostraba que, en definitiva, la literatura viene de la literatura, más allá de lenguas y fronteras, y que, en su progreso espacial y temporal, se enriquece, cambia y mezcla, pasando de unos géneros a otros y abriendo nuevos cauces a la invención.

La susodicha referencia italiana, inexcusable en la literatura del siglo XVI –tan bien conocida por él– aparecía por doquier como fortuna literaria y valor añadido, aunque no siempre el resultado se asemejara al modelo. En este sentido, Asensio demostró también hasta qué punto, en poesía, como en la literatura y en el arte en general, la forma es el fondo²⁹. Así ocurría, por ejemplo, con el poema de Sá de Miranda “Al son de los vientos que van murmurando”, ejemplo además de la difícil

²⁹ El alcance de su obra respecto a la literatura renacentista ya se dejaba ver en las numerosas referencias recogidas en el volumen de Francisco López Estrada. *Siglos de Oro: Renacimiento*, en Francisco Rico, *Historia y Crítica de la Literatura Española*, Barcelona, Crítica, 1980, así como en el *Suplemento* ulterior. Y otro tanto se puede decir de los volúmenes dedicados en esa misma colección a la *Edad Media* por Alan Deymond (1979 y Suplemento), o los que conformaron el *Barroco*, a cargo de B. Wardropper y Aurora Egido (1983 y 1992, respectivamente). La obra de Asensio se hizo, en fin, historia de la literatura.

adaptación del petrarquismo en Portugal y España, cuando los hallazgos del mismo Petrarca o de Sannazaro trataron de verse en el octosílabo y fracasaron³⁰.

En otros casos la riqueza de las derivaciones italianas se abre como un abanico de variados colores y matices. Así ocurre con el tema del “Reloj de arena y amor” que Asensio rastreó en la poesía del siglo XVII a partir de las quintillas que empiezan “Este polvo sin sosiego”, conformando en la península ibérica toda una bibliografía literaria del relojero llena de exquisiteces poéticas³¹. En ella se reflejaba la tradición de un *pulvus* moviente que venía de la poesía epigramática italiana, tanto en latín como en lengua vernácula, y que se desataba en cenizas amorosas de la mano de Alberti o de Stigliani para resucitar en las rimas de Lope o del Príncipe de Esquilache hasta llegar a los versos del menos acreditado Juan de Moncayo.

Pero el detalle del recorrido por un asunto tan extraño y amplio no significaba, ni en este ni en otros casos, la mera enumeración de los que lo frecuentaron con mayor o menor fortuna, sino que desembocaba en reflexiones básicas sobre la historia evolutiva de los temas y las formas literarias. Ello suponía, entre otras cosas, la hipótesis de una contaminación entre los *Trionfi* de Petrarca y la *Antología griega*, a la par que reflejaba la necesidad del poeta de desvincularse de los modelos para andar por cuenta propia, caso de Quevedo, al mezclar ese motivo con otros que lo enriquecían. Como el propio Asensio concluye, el reloj de arena, con sus cenizas andantes entre los muros de vidrio, se fundió y cobró nueva vida con visos de eternidad, enlazado además con el tema properciano del polvo enamorado más allá de la muerte. Lo anecdótico del asunto se elevaba así a categoría:

Los que importan o introducen un tema o un sentido original aspiran a presentarlo con una retórica que sintonice con las reacciones emotivas e intelectuales de sus lectores. El petrarquismo dominante hacía sus renovaciones en el campo de la elocución. Esta renovación era favorecida en nuestro caso por la existencia de un tema radicalmente nuevo, que privilegiaba las metáforas audaces sacadas de esferas diferentes y remotas.³²

El trazado de Asensio sobre la presencia de España en la épica portuguesa en tiempo de los Felipes, recogía a su vez sesenta años de una impronta que borraba, como hace siempre la literatura y el arte, las fronteras geográficas y políticas de los pueblos y lenguas en contacto, mostrando su universalidad. Las apostillas a la edición de Celso Cunha de *O Cancionero* de Martin Codax, la amplísima indagación de fuentes clásicas y humanísticas de las *Barcas* de Gil Vicente, también recogidas en los *Estudios Portugueses* de Asensio, confirmaban a su vez una amplísima erudición aplicada al

³⁰ Véase al respecto el trabajo incluido en *Estudios portugueses*. El fracaso de Sá, al adaptarlo al arte mayor o dodecasílabo, fue sin embargo menos clamoroso, a juicio de Asensio.

³¹ “Reloj de arena y amor en una poesía de Quevedo (fuentes italianas derivaciones españolas”, *Dicenda*, 7, 1987, pp. 17-32

³² Eugenio Asensio, *Ibid.*, p. 32.

análisis de los textos mostrando la evidencia de que, sin Luciano o sin la *Divina Comedia*, era imposible leer en sentido recto y correcto la dramaturgia vicentina. Y otro tanto se puede decir de su análisis del *Auto dos Quatro tempos* del mismo Gil Vicente o de las obras de Sá de Miranda, Bernardim Riveiro o Camoens, por no hablar de su finísimo análisis del viaje al paraíso en la obra de Joao de Castro desde las coordenadas culturales de Oriente y Occidente.

En pleno auge del estudio de las novelas de caballerías, impulsado por Dámaso Alonso y sobre todo por Martín de Riquer, Asensio reclamaba la consideración del *Palmeirim de Inglaterra* a la par que celebraba y matizaba que Mario Vargas Llosa difundiera la validez de un género que luego alcanzaría tanta atención por parte de la crítica con el correr de los años, por no hablar de su impronta en la novela misma del siglo XX. Y sin abandonar del todo ese ámbito, un trabajo capital ya aludido, “De los momos cortesanos a los autos caballerescos de Gil Vicente”, ofrecía a los lectores la jerarquía fluctuante de poesía y mímica, palabra y gesto a través de los tiempos y las lenguas, a la par que acotaba, como solo Asensio sabía hacerlo, los dinteles genéricos. El momo, “mascarada aristocrática que florece especialmente en la corte portuguesa en los días de Juan I y Juan II”, había pasado después a Castilla recreando una forma que había que distinguir claramente del entremés y otros espectáculos cortesanos, teniendo siempre a Portugal como referente. La materia caballeresca desembocaba en el teatro moldeando un hábito escénico que exigía, sin duda, el estilete comparatista, con el que se podía descubrir, cronológica y formalmente, el finísimo entramado de culturas y lenguas que lo conformara.

En esos viajes de ida y vuelta, el vaivén entre la poesía a lo divino y a lo humano, tan bien conocida por Asensio, mostraba idénticos procedimientos en *Menina e Moça* de Bernardim Ribeiro, o apuntalaba, con el manejo de las crónicas, la configuración de un mito en torno a Inés de Castro. Y todo ello reducido a lo esencial, como quien desbroza la calzada para que otros la recorran sin la incertidumbre ni las ataduras que todo comienzo, incluido el de la investigación, supone. Años después, el *Cancionero musical luso-español del siglo XVI, antiguo e inédito*, recogía un corpus inexcusable que enfrentaba cara a cara voces y letras de dos países que, en el decir de Ángel Crespo, se han ido comportando habitualmente como hermanos gemelos unidos por la espalda³³.

Asensio, consciente de la escasez de testimonios portugueses en los que la lírica y la música profana cancioneril anduvieran juntos, hacía, en ese libro, algunas calas. Entre ellas, la que probaba la transformación sufrida por una pieza del *Cancionero* en *El perro del hortelano*, de Lope, o aquella otra que recalaba en el tema renacentista de la caza de amor en Francisco Manuel de Melo, sin olvidar otros temas excéntricos: desde el amor

³³ *Cuadernos de Homenaje* 1, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986.

de cristiana y moro, al de la venta de amor, pasando por la historia galante de la corte portuguesa³⁴. Tanto en este como en otros estudios, Asensio mostró la compleja red que la Edad Media y el Renacimiento supusieron respecto a temas y asuntos que pervivieron y evolucionaron con nuevos destellos; asunto capital que, por cierto, tanto preocupara a Eugenio Garin a otros respectos y que sitúa la obra de nuestro estudioso en la órbita más lúcida y exigente del pensamiento crítico³⁵.

En ese aspecto, las novedades que la obra de Asensio ofrecía y sigue ofreciendo, tanto en los estudios lusistas como en los españoles, está fuera de duda. Pongo por caso, cuando publicó la *Eufrosina* de Ferreira de Vasconcelos a partir de una edición desconocida, analizando el contexto poético e histórico de una historia de amor de la época de Juan III de Portugal³⁶. La amplitud de ese estudio fue sin embargo mucho más allá del análisis puntual de la obra, pues ofrecía toda una lección sobre el contexto erudito del primer Renacimiento y cuanto representarían en él un catálogo casi olvidado de oficinas y polianteas que clasificaban la Antigüedad clásica. La edición con variantes y el estudio liminar nos muestran esa sabia conjunción de comparatismo que siempre ejerció el filólogo navarro, unida al sabio ejercicio de ecdótica y hermenéutica, que por aquellas fechas era tan difícil de otear en el resto de la crítica.

Eugenio Asensio trató por todos los medios de mostrar que la península ibérica formaba parte de una cultura que no se acababa en los Pirineos y que se asentaba, como la europea, en el mundo grecolatino y en el contacto con diversas culturas y lenguas; ya se tratara de la poesía provenzal o del Humanismo italiano, que él tuvo siempre como referente inexcusable. La publicación con Juan Alcina Rovira de la *Paraenesis ad literas* de Juan Maldonado es un buen ejemplo al respecto, pues en la introducción Asensio ofrecía toda una historia del humanismo español en la época del Emperador Carlos V, surgido a la zaga de Italia, pero con brotes propios³⁷. Las buenas letras, para

³⁴ Asensio alababa precisamente en esa obra el mencionado *Corpus de la antigua lírica popular hispánica* de Margit Frenk, señalando cómo ella había sabido ver la transhumancia del cantar al refranero; aspecto que también aparecía en el *Cancionero* de Núñez.

³⁵ Eugenio Garin, *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1981.

³⁶ Jorge Ferreira de Vasconcellos, *Comedia Eufrosina. Texto de la edición príncipe de 1555 con las variantes de 1561 y 1566*, ed., prólogo y notas de Eugenio Asensio, Madrid, CSIC, 1951. *Ib.*, pp. XIX ss. Por otro lado, el escrutinio de la biblioteca de Luis Vives es toda una lección al respecto en relación con el mundo sentencioso que llegó hasta Baltasar Gracián. En ese prólogo, el análisis de tópicos, refranes, temas, estilo, invención y tradición literaria, se completa con el estudio comparativo de *La Celestina*, así como con el ajuste de la fecha, la puesta en escena, los problemas de la censura y su influencia anterior, sin que quede cabo suelto, incluido el del erasmismo.

³⁷ Eugenio Asensio y Juan Alcina Rovira, "*Paraenesis ad literas*". *Juan Maldonado y el Humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, FUE, 1980. En ella Asensio define claramente el impulso humanista, que no consistía sino en "reavivar el conocimiento y cultivo de la latinidad como instrumento de la cultura internacional, y estilizarlo de forma que pudiera servir de medio expresivo apto para una sensibilidad moderna, refinada en el trato con los clásicos de la antigüedad pagana" p. 5. Alcina apunta a su vez que de esta obra de Maldonado solo existían dos ejemplares: el de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza y el de Eugenio Asensio. Este analizó los relieves introductorios y peroratorios de la *Exaltación* como ejemplo de todo un estilo de época.

Maldonado, ya no surgían del mismo horizonte que él había aprendido en Salamanca con la *Gramática* de Nebrija, sino de la política imperial, que trataba de superar los presupuestos del humanismo isabelino. Lo cierto es que la *Paraenesis* no deja de ser además una encrucijada en la que los presupuestos humanísticos del autor se cruzan con los del erasmismo, aunque este no fuera dominante, pese a la admiración que por él sintiera el mismo Maldonado³⁸.

Amicus amici, Asensio compartió con algunos de ellos las tareas que toda indagación literaria e histórica conlleva, y, en ese aspecto, el mencionado crítico José V. de Pina Martins fue uno de sus más valiosos colaboradores. Pensemos en el libro que publicaron conjuntamente sobre Luis de Camoes y su proyección en la poesía española³⁹. Pina mostraba en él la exaltación de Portugal y sus empresas ultramarinas en un poema épico que implicaba una clara conexión entre Camoes, el Renacimiento italiano y las corrientes platónica, petrarquista y stilnovista. A su vez, Asensio recorría el arco que va de 1580 a 1650, cuando España coloca a ese poeta portugués a la altura de Homero, en un proceso de ascensión que tuvo como gran baluarte al propio rey Felipe II. Sus huellas en Ercilla, Lope, Góngora o el conde de Salinas, se insertaron en la resurrección de los clásicos grecolatinos y en el nacimiento de una épica propia, construida desde una nueva perspectiva, basada en la historiografía pero trufada de mitos e invenciones fantásticas⁴⁰. Claro que esos y otros relieves literarios de la impronta portuguesa en la poesía española iban encuadrados no en una mera cadena de influencias constatadas, sino en la premisa de que “Un buen poema incita a componer otros en competencia”, siguiendo, en este caso, a Remy de Gourmont, cuando afirmaba que “Admirar es imitar”⁴¹.

El fino catador de poesía que fue Asensio se deja ver constatemente en sus obras, incluidas las calas que destacan los esquemas paralelísticos de las cantigas de amigo, como aquella de Pero Meogo en la que el diálogo entre madre e hija nos hace vislumbrar la imaginería del *cervus* rescatada del folklore⁴². Su mencionada *Poética* y

³⁸ A juicio de Asensio, *Ib.*, p. 83, “Maldonado... intentó aunar las tendencias estéticas del humanismo italiano con el fervor y las perspectivas actuales del humanismo erasmiano”.

³⁹ José V. de Pina Martins y Eugenio Asensio, *Luis de Camoes. El Humanismo en su obra poética “Los Lusíadas” y las “Rimas” en la poesía española (1580-1650)*, París, Fundação Calouste Gulbenkian, 1982. Ambos reunían en él las conferencias dadas en el Colegio de México dos años antes.

⁴⁰ Asensio, a la par que reclamaba la universalidad de la épica de Camoes, recordaba la de Gil Vicente, como dramaturgo y poeta. A propósito de Felipe II, Asensio insistía no solo en el impulso que prestó a la traducción de *Os lusíadas*, sino en el amor que el rey tuvo por las tierras portuguesas, pues hasta se hizo traer el galeón portugués Cinco Changas a El Escorial para ser enterrado entre sus tablas. La perspectiva del filólogo navarro casaba perfectamente con la tesis de Menéndez Pidal: “En el principio era la historia”, considerándola un rasgo propio de la épica española y portuguesa, aunque, como decimos, se cargara con otros elementos míticos y fantásticos.

⁴¹ *Ib.*, p. 60.

⁴² Eugenio Asensio, *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 49-80.

realidad en el Cancionero peninsular de la Edad Media es una auténtica joya crítica en la que no solo brilla el autor por su extraordinaria erudición y conocimiento de las corrientes metodológicas más variadas, sino por la más exquisita y refinada exposición. Analizados los temas de las cantigas –ya fueran de amigo, de romería, o marineras– a la luz de las jarchas mozárabes y en conexión con las mayas, Asensio mostró en ese libro la necesidad de incardinar todo fenómeno poético en un marco formal y temático comparatista, como es el caso de esas piezas en las que el influjo provenzal aflora por doquier. La poética del paralelismo, desde sus orígenes a la decadencia, se nos ofrece luego renacida en las cantigas “restauradas” de Gil Vicente y en los cantares castellanos, donde aparece con nuevos perfiles. El estudio y definición del cosaute o el análisis de los motivos de “Fonte Frida” prueban también el manejo de una erudición amplísima, cimentada en los nuevos métodos y estudios del medievalismo de los últimos ochenta años, que ya miraba hacia horizontes como el del provenzalismo, la poesía latina clerical o la sociología.

Poética y realidad fue sin embargo algo más que un estudio específico sobre la literatura cancioneril, pues supuso una amplísima reflexión sobre los resortes de la poesía oral y culta, así como sobre las formas de transmitirse y fijarse en un vocabulario y una retórica finamente deslindados. Asensio puso además el énfasis en la valoración de las obras de burlas, insistiendo también en la necesidad de que, tanto en las cantigas de amigo, estudiadas a través de sus antecedentes y consecuentes, al igual que en otras, había que obrar siempre con cautela y sin precipitarse. Él era consciente además de que la crítica siempre se cimienta sobre hallazgos ajenos por los que hay que avanzar –en este caso, los de Jeanroy, Pellegrini y Rodrigues Lapa–, convirtiendo la investigación en un diálogo permanente con los precursores⁴³. El estudio del *Cancionero peninsular* implicó además el manejo de una bibliografía apenas frecuentada por los críticos a la altura de ese año de 1957, así como una fina reflexión sobre la tarea del propio investigador, que abominaba tanto de los zahoríes o buscadores de fuentes, como de aquellos críticos caprichosos que, aún siendo de la talla de C. S. Lewis o Jung, llegaban a conclusiones falsas⁴⁴.

Sin entrar en tan controvertido, y casi visceral tema para algunos, como es el de la controversia de Eugenio Asensio con Américo Castro, asunto que rebasa la intención de estas páginas y que tiene tantas ramificaciones, incluso en la crítica y la creación

⁴³ *Ib.*, p. 20: “En caminos tan trillados, el investigador ha de pisar sobre muchas huellas y repetir, sin mencionar la fuente, obras consabidas. La revisión se convierte en un imaginario coloquio con los precursores”. Destaca en esa obra sus amplios conocimientos de la poesía provenzal y de la francesa del siglo XVI, así como de las nuevas metodologías, que matiza, como vemos, cuando los críticos se dejan llevar por el impulso del medio que manejan.

⁴⁴ *Ib.*, p. 59. “Por mi parte, cada vez desconfío más de los buscadores de fuentes o zahoríes”. Y añadía al tiempo que refutaba las tesis marianas de Lewis sobre las “chansons de toile” o la de Jung al fundir historia y mito, pues cuando la genealogía es falsa no caben ejecutorias.

actuales, lo cierto es que este ha superado y hasta empañado en ocasiones la impronta que la labor del crítico navarro ha supuesto con creces en otros temas históricos y literarios. La publicación de tres estudios anteriores en el libro de Asensio titulado *La España imaginada de Américo Castro* (1976) representó una salida al ruedo claramente desproporcionada al eco que aquellos tuvieron en su aparición en revistas especializadas. En él su autor dejaba además claro que ninguno de ellos se basaba ni en *El pensamiento de Cervantes* ni en otros escritos anteriores publicados por su autor al abrigo del Centro de Estudios Históricos que dirigiera Ramón Menéndez Pidal, sino en obras que se iniciaron con *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* (Buenos Aires, 1948)⁴⁵.

El título y el prólogo nos muestran además la acerada pluma de un Eugenio Asensio, que no se anduvo en este caso con rodeos y que trató de vislumbrar, bajo los trabajos de Castro, todo un problema personal que tenía en las circunstancias históricas que le tocó vivir a su autor la raíz que impulsara sus escritos. Asensio, que había encomiado previamente, y cuando lo creyó oportuno, los trabajos de Castro sobre otros temas y asuntos, no se paró en barras esta vez a la hora de atacar una construcción histórica asentada en el subjetivismo y la parcialidad. Por si algún lector no avisado o preparado para entender los capítulos de su libro tuviera alguna duda, Asensio avisaba en el prólogo que la *España en su historia* de Castro había supuesto en principio “una interpretación revolucionaria de nuestro pasado”, a la par que “una ruptura con el pasado del autor”, tanto en método como en ideas. Pues, en efecto, a partir de un determinado momento, este había abandonado la historia objetiva, exigente y contrastada de sus primeros trabajos, para entregarse a una construcción apriorística, que no dudaba en seleccionar los documentos favorables a sus tesis “y aún a la mera adivinación”, con tal de que convinieran a sus argumentos.

Castro, en el sentir de Asensio, había pasado así del positivismo micrográfico (tres artículos sobre el vocablo “boquirrubio”) a visiones grandiosas y edificios alzados sobre hipótesis livianas de conveniencia. La denuncia no podía ser más dura, al dirigirse a alguien que se preciaba de historiador, sobre todo porque, para el crítico navarro, las teorías de Castro andaban mezcladas con la corriente filosófica existencialista y estructuralista representadas por Unamuno y Ortega⁴⁶. Pero, más allá de la vehemencia en el ataque personal, lo que nos interesa destacar de su argumentación es la denuncia

⁴⁵ Eugenio Asensio, *La España imaginada de Américo Castro*, Barcelona, El Albir, 1976. Téngase en cuenta que los artículos se habían publicado entre 1966 y 1973, aunque los actualizó. Y véanse los trabajos de Guillermo Araya, *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro*, Madrid, Taurus, 1969 y José Luis Gómez Martínez, *Américo Castro y el origen de los españoles: Historia de una polémica*, Madrid, Gredos, 1975.

⁴⁶ Asensio tildaba de arbitrariedad y frivolidad partidista a Castro con un ataque en toda regla, pues decía que este eliminaba y silenciaba aquellos aspectos de la historia que no le convenían.

respecto al olvido con el que don Castro premió a romanos y germanos, insistiendo únicamente en la tríada hispana de judíos, moros y cristianos, como si esta fuera el único referente histórico y cultural. Vale decir, lo que a Asensio le dolía mayormente era la visión de una España en la que la comunicación con Europa apenas contaba y en la que era curiosamente el árabe y no el latín el que se suponía había ido moldeando a las personas.

Castro aparecía en *La España inventada* como un nuevo Vico de la Historia, al mezclar esta con la Filosofía y olvidando hacer ciencia empírica. Los tres trabajos de Asensio venían así a desmontar la aparente solidez de un edificio construido sobre cimientos falsos. En primer término, al analizar el vocablo *español*, que Castro considerara palabra extranjera. En segundo, al estudiar el tema de Góngora y la poesía árabe a partir de una hipótesis de Dámaso Alonso, basada en la poligénesis y que aquel había elevado a categoría. Y en último término, al presentar el teatro español primitivo como creación de conversos; asunto que Asensio analizaba con los amplios conocimientos sobre el tema que le caracterizaran, para probar su falsedad⁴⁷.

La denuncia en planos tan distintos le llevaba también a mostrar el desenfoque de los temas relativos a los estatutos de limpieza de sangre, al desdén por el trabajo y a las barreras interculturales. Esas que llevaron a Castro a la invención de una irrealidad histórica de España que, a partir de las conversiones forzadas de 1391, convertían el problema de los conversos en el eje central de toda la historia de España, incluida la literatura, como si toda ella derivara de ahí.

Ahondar en los planteamientos de Castro descubiertos por Asensio es tarea que no nos concierne, sobre todo porque afecta a todo un planteamiento de la Literatura y de la Historia ampliamente extendido y que ha tenido una gran repercusión, particularmente en la crítica estadounidense. Pero es evidente que, pese a los ajustes y matices que toda investigación conlleva, sus planteamientos han sido refrendados por la mayoría de los historiadores, aunque la especie de los americocastristas tenga todavía hoy en día conocidos valedores, y algunos con evidente prestigio.

No hace mucho José Manuel Nieto Soria destacaba la validez de las tesis de Asensio respecto a los conversos castellanos del siglo XV al estudiar la concepción de la monarquía, mostrando la vigencia de unos planteamientos que se han ido afirmando cada vez más con el hallazgo de nuevos documentos⁴⁸. La negación de una mentalidad

⁴⁷ Asensio analizó las fuentes y los temas de la realidad histórica de España dibujada por Castro a la luz de la “morada vital” de Unamuno y Ortega, y de el “vivir desviviéndose” de Morente, sin olvidar el semitimismo de la cultura española enunciado por Valle y Baroja, así como por el centaurismo (“salida de sí” y “retorno de sí”) de Dilthey, Spengler y Toynbee

⁴⁸ José Manuel Nieto Soria, “Las concepciones monárquicas de los intelectuales conversos en la Castilla del siglo XV”, *Espacio, tiempo y forma. Serie III. Historia Medieval*, 6, 1993, pp. 229-248. En p. 232,

distintiva de los conversos asentada por Asensio aparece ahora reafirmada por Nieto Soria en su trabajo sobre las diferencias que todos ellos –fray Íñigo de Mendoza o Alfonso de Cartagena, entre otros– presentan a la hora de considerar la imagen de la realeza castellana⁴⁹. La variedad de sus opiniones poco o nada tiene que ver, en este como en otros casos, con filiación genética o religiosa alguna, sino con otros muchos condicionantes que descartan el monolitismo supuesto por Américo Castro y sus seguidores al respecto.

Aparte habría que considerar los aspectos concernientes a la propia creación literaria y sus derivaciones, pues no se nos oculta la riqueza que el tema ha supuesto en la novela y otros géneros literarios a lo largo del siglo XX hasta la fecha. Juan Goytisolo hablaba recientemente a este propósito del vivo debate que la obra de Américo Castro sigue suscitando actualmente⁵⁰. Y no deja de ser curioso que, pese a ser uno de sus máximos defensores, matice sin embargo algunos de los planteamientos sociológicos y filosóficos de Castro, apartándose de ellos. Justamente los que había denunciado Asensio en su mencionada obra, pues la *vividura* y la *morada vital* de Dilthey y Scheler finalmente no son ya tampoco del agrado del autor de la *Reivindicación del conde don Julián*⁵¹.

Como señalaba Aniano Peña, en *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*, recordando la frase que Sánchez Albornoz aplicara a su más señalado contendiente: “Las obras que suscitan reacciones críticas y que atraen polémicas son obras por las cuales corre la vida”⁵². Y más tarde, en las conclusiones, hablaba de cómo, se esté o no de acuerdo con las tesis de Américo Castro, la verdad es que la polémica originada por su obra supuso un antes y un después en la historia y la historiología española a partir de 1948, tras sus respuestas a las preguntas sobre lo español y sobre España.

destacaba al respecto la validez de las tesis expuestas en el trabajo de Eugenio Asensio, “La peculiaridad literaria de los conversos”, *Anuario de Estudios Medievales*, 4, 1967, pp. 328- 351.

⁴⁹ J. M. Nieto Soria, art. cit., p. 46-47, concluye que “no parece posible hablar de una imagen específicamente conversa de la realeza castellana. Esta es objeto de representación por cada intelectual converso en función de un ambiente cultural e ideológico general, así como de su propia experiencia política personal, siendo el resultado de tales circunstancias una imagen en la que, junto a una serie de lugares comunes, propios de las representaciones políticas predominantes en la época, aparecen otras inquietudes individuales”.

⁵⁰ Juan Goytisolo, “Américo Castro en la España actual”, *Américo Castro y la revisión de la memoria: el Islam en España*, coord. por Eduardo Subirats, Madrid, Ed. Libertarias, 2003, pp. 23-37.

⁵¹ Juan Goytisolo, *Ib.*, hablaba del ninguneo que el régimen franquista tuvo para con Castro, aunque fuera leído y comentado en círculos intelectuales y universitarios, destacando, por otro lado, la publicación de *Estudios sobre la obra de Américo Castro* en 1971, donde se reunían trabajos de Lapesa, Zamora Vicente y Laín Entralgo, coordinador del ensayo. Nombres como los de Bataillon, Domínguez Ortiz, Caro Baroja, Sicroff, Armistead, Silverman, Rodríguez Puértolas o Márquez Villanueva son algunos de los que, para Goytisolo, han recatado aspectos valiosos de la obra de Castro. También cabría añadir otros, Luce López Baralt o Soledad Carrasco Urgoiti, por ejemplo.

⁵² Madrid, Gredos, 1975, prólogo.

Sus planteamientos existencialistas eran desde luego novedosos, pese a que contaran con los mencionados antecedentes unamunianos y orteguianos, aunque, a juicio de Peña, Américo Castro perdiera la razón al llevar sus argumentos al extremo máximo de la categorización, pues “la coordinada de cristianos moros y judíos no explica cumplidamente la peculiar morada vital de España, que, así delimitada, resulta raquítica y simplista. No todas las características de lo hispánico brotan de la convivencia de las tres razas”⁵³. Por otro lado, aún admitiendo cierta validez a la tesis diltheiana de integración de historia y literatura, la verdad es que esta última difícilmente se puede explicar solo por argumentos casticistas⁵⁴.

Para Asensio y para otros muchos historiadores, el determinismo fisiológico de Castro y el haber dado preeminencia al converso, partiendo de pesquisas genealógicas asentadas en el aire, está muy lejos del rigor con el que se debe asentar cualquier investigación literaria o histórica. Y es a todas luces evidente que la llamada de atención del historiador navarro sobre el problema no cayó en saco roto, por lo que supuso de debelación del mito americano-castrista, largamente elaborado por sus seguidores. Pues hasta estos, como es lógico, han ido matizando y corrigiendo las afirmaciones de su maestro con el transcurso del tiempo (pienso en los últimos trabajos del tristemente desaparecido Carroll B. Johnson), sobre todo en el caso de filólogos de la talla de Francisco Márquez Villanueva o de Soledad Carrasco Urgoiti. Los trabajos de Asensio respecto al tema, compartidos o no, siguen siendo capitales en su anchura, edificados como fueron sobre bases sólidas por un historiador que se movió siempre en el terreno de la investigación más rigurosa.

Capítulo aparte sería detallar cuanto la obra de Asensio ha supuesto para lo que hoy constituye la historia del libro y de la lectura. Significativo al respecto es que los

⁵³ *Opus cit.*, p. 290. Un énfasis exagerado en los planteamientos casticistas desmontaba lo afortunado de algunos de sus planteamientos. Aniano Peña destacaba en pp. 97-98 cuanto los artículos de Asensio habían representado a la hora de analizar las ideas de Castro, como la ya mencionada de “vivir desviviéndose”, que tomó de García Morente. Téngase en cuenta que, a raíz de las afirmaciones del filólogo navarro, surgió el artículo de A. A. Sicroff, “Américo Castro and his Critics: Eugenio Asensio”, *Hispanic Review*, 1, 40, 1972, pp.1-30, luego contestado por el propio Asensio: “En torno a Américo Castro. Polémica con Albert A. Sicroff”, *Hispanic Review* 4, 40, 1972, pp. 365-385. No obstante, Peña matiza algunas de las afirmaciones de Asensio, como la vertida por este en “Américo Castro historiador”, *MLN*, LXXXI, 1966, pp. 595-637, cuando afirmaba que este representaba la “teoría de la incapacidad teórica de nuestra cultura”, cosa que, a su juicio, el mismo Castro nunca formuló, pues no le consta negara la capacidad de los españoles para la ciencia, aunque sí denunciara su atrofia por razones circunstanciales. Y véanse otros matices en p. 251. En p. 239, planteaba la cuestión del desprecio al trabajo, interpretado por Asensio como un lugar común ya existente en la Edad Media europea. Peña sostiene sin embargo (p. 287) que, refiriéndose a Cervantes, “si se llegase a probar su origen converso (como en los casos de Luis Vives, Luis de León, Santa Teresa y otros), no se demostraría que la cultura española era sinónimo de judaísmo (según sugiere la actitud de Castro que Eugenio Asensio le reprocha), sino todo lo contrario. Para él, la cultura española no se puede simplificar remitiendo únicamente a judíos y cristianos, sino a una suma compleja de elementos orientales y occidentales comunes a la Europa de su tiempo.

⁵⁴ Aplicados tales argumentos a Cervantes, Castro mostró, sin embargo, una evidente evolución, muy matizada ya con el correr de los años, acercándose al final a la tesis unamuniana. *Ibid.*, p. 291.

autores del volumen *El libro Antiguo Español. IV. Coleccionismo y Bibliotecas (siglos XV-XVIII)*, Luisa López Vidriero y Pedro Cátedra, se lo dedicaran a él expresamente como “miembro de la Sociedad Española de la Historia del Libro”⁵⁵.

El anecdotario de un hombre viajero, solitario, inteligente y diligente como Eugenio Asensio queda para el recuerdo de los muchos que lo trataron. De su ingenio a la hora de conversar y de su generosidad dio muestras en 1978, a su paso por la Universidad de Zaragoza, cuando nos ilustró sobre la obra de Pedro Manuel de Urrea y dio cuenta de sus muchos saberes en largas conversaciones con los profesores y alumnos del Departamento de Literatura Española. Me permitiré decir que guardo como oro empañado su regalo de la primera edición de *Zaragoza* de Galdós, así como las *Poesías varias* de Alberto Díez y Foncalda (Zaragoza, Juan de Ybar, 1653), aunque nunca me llegara el manuscrito aragonés de una compraventa que me anunció en una carta y que se perdió en el camino. Pero sobre todo guardo en el archivo de la memoria un *amour de lonh*, que tantos le profesamos en lo profesional, siempre correspondido con elegancia y aprecio.

Cuando en el verano santanderino de 1994 traté de gestionar a través de Pedro Cátedra la propuesta del Consejo de Gobierno de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de la que Ernest Lluch era entonces rector, el nombramiento como doctor *honoris causa* de Eugenio Asensio, me encontré con una negativa por respuesta. Ello tal vez explique el talante de alguien que sin embargo había accedido a igual honor en la Universidad de Lisboa, ciudad en la que también fue nombrado Socio Correspondiente Extranjero de la Ciudad de las Ciencias y Socio de Mérito de la Academia Portuguesa de la Historia⁵⁶. Otro era el lugar y otras sus querencias. Su patria de origen siempre lo consideró el mejor, aunque no siempre lo demostrara. Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona (1969) y académico honorario de la Real Academia Española (1985), distinción en la que le precedieron Jorge Guillén y José Manuel Blecua Teijeiro, nunca ocupó sillón alguno. Ello no le

⁵⁵ Madrid, Universidad de Salamanca-Patrimonio Nacional, 1998. Téngase en cuenta, entre otras, su aportación “Censura inquisitorial de libros en los siglos XVI y XVII. Fluctuaciones. Decadencia”, *El libro antiguo español. Actas del Primer Coloquio Internacional (Madrid, 18 al 20 de Diciembre de 1986)*, coord. por Pedro M. Cátedra y María Luisa López-Vidriero, 1988, pp. 21-36. Y véanse los aludidos trabajos de Julián Martín Abad, “Raros impresos complutenses del siglo XVI en bibliotecas portuguesas”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños XXV*, 1988, pp. 507-533; y “1993. Portugal. Intercambio de experiencias e investigaciones bibliográficas sobre fondo antiguo en las bibliotecas portuguesas”, *Memorias, viajes, bibliotecarios*, Madrid, Gobierno de España, Ministerio de Cultura, pp. 82-87, donde da cuenta de la relación entre los bibliotecarios de ambos países. El asunto alcanza muchos relieves, tanto históricos como literarios.

⁵⁶ Véase al respecto *Eugenio Asensio. Doctor” Honoris Causa” pela Universidade de Lisboa*, por José V. de Pina Martins, Lisboa, s. e., 1990. Respecto al desaparecido Ernest Lluch, recordaré al respecto su generosidad en relación con aquel nombramiento fallido, pues estaba dispuesto a obviar la usual ceremonia y acudir a Murieta para llevar allí a cabo simbólicamente un acto de investidura que de otro modo no parecía viable.

impidió sin embargo ocupar para siempre el lugar que, como diría, Baltasar Gracián, corresponde a la excelencia.

Eugenio Asensio fue y sigue siendo único. Muchos son los que han aspirado a parecerse sin conseguirlo, pero vale la pena intentarlo, por lo mucho que se disfruta y aprende con sus trabajos. Literatura y vida anduvieron atadas en él con indisoluble lazo, mostrando a veces, como ocurriera en la Salamanca de fray Luis, donde las trifulcas universitarias andaban de la mano con el biblismo más exquisito, la torcida enredadera donde crecen las envidias y el silencio.

Sus obras, tan quintaesenciadas, si por un lado se alejaron del carro largo del asianismo, nunca cayeron en la oscuridad ática del que busca en ellas hacer epítome de todo un proceso que no se describe ni muestra en su anchura. Pues esa misma capacidad de síntesis que fue su santo y seña, iba siempre unida a una claridad meridiana que todos le reconocen. Esta iba además entreverada de innumerables sentencias y definiciones que hacen de su prosa un elemento indispensable a la hora de acotar métodos, definir problemas o generar conceptos.

Me atrevo a decir que de todo ello se podría hacer un auténtico florilegio de aforismos, a veces en connivencia con otros autores, y que configuran toda una poética literaria y vital. Bastará este ejemplo, por otro lado, tan actual, recogido de su *Itinerario del entremés*: “Los maleantes, que aparentemente quieren escapar a la tiranía de leyes y convenciones, recrean y reconstruyen un nuevo orden convencional paralelo a la sociedad que atacan”. O el que reza: “Los milagros literarios, como el nacer de un tipo inolvidable, suelen estar copiosamente presagiados y preparados en obras anteriores”. No lo dijera mejor su *alterutrum* Jorge Luis Borges⁵⁷.

⁵⁷ Este trabajo forma parte del Proyecto que dirigimos: HUM2006-09749 del Ministerio de Ciencia e Innovación.